

DISEMINAR Y RECOLECTAR

POR ELENA STAPICH

Silveyra, Carlos

Papeles reunidos sobre literatura infantil. A lo largo del camino

Buenos Aires

Lugar Editorial

2016

167 págs.



Diseminar y Recolectar

Elena Stapich¹

Carlos Silveyra reúne en este libro una serie de artículos, conferencias y ponencias, producto de su extensa trayectoria como especialista en literatura infantil. Bajo el título “Propuestas” Susana Itzcovich anuncia los temas que se desarrollan después, destacando algunos rasgos, como el profundo interés de Silveyra en la literatura de transmisión oral, su sentido del humor –que emerge aún en los escritos académicos, a la manera de la recordada Graciela Cabal- y el modo en que sus teorizaciones se

¹ Maestra, profesora en Letras y Magíster en Letras Hispánicas (UNMDP). Miembro fundador de Jitanjáfora. Mar del Plata- Argentina. Correo electrónico: elena.stapich@gmail.com

entretejen con su práctica como docente, capacitador, escritor, editor y también como padre.

Le sigue una breve Introducción a cargo del autor, que inicia y cierra con la caracterización del libro como “un sueño”, una vieja aspiración y, a la vez, una ocasión para descartar, reescribir, actualizar, poner en orden el mundo caótico de los papeles que se reúnen a lo largo de muchos años de trabajo, operaciones que permiten – también- encontrar algunos hilos conductores que sostienen todo el entramado, obsesiones que perduran a través del tiempo.

En “Apuntes para una historia de la literatura infantil en la Argentina”, Silveyra realiza una tarea arqueológica, colocando en el origen los *Cuentos* de Eduarda Damasia Mansilla Ortiz de Rozas de García y las *Leyendas argentinas*, de Ada María Elflein. Origen cuyas marcas perduran hasta la actualidad: la literatura se hallaba ausente y en su lugar se instalaba la colonización del niño, a través de la obediencia, en el primer caso, y del sentimiento patriótico, en el segundo.

“Duérmete mi niño”, “Literatura y juego. Los primeros pasos en la formación del lector”, “Adivinanzas o la supervivencia de una manera poética de nominar el mundo”, “La literatura oral de los chicos” y “De la lírica tradicional al folklore infantil” constituyen de por sí un corpus de textos cuyo denominador común es la valorización de la literatura oral y que, desde lo cuantitativo y lo cualitativo, dan cuenta de la relevancia que Carlos Silveyra le otorga a este reservorio, una y otra vez revisitado por los escritores, que multiplican compilaciones, versiones y reescrituras de estos materiales. El autor contribuyó a expandir los límites de lo que se considera literatura infantil a través de recopilaciones de chistes, adivinanzas, colmos, etc., en una colección que se llamó *Faltó el profe*, publicada por Alfaguara. Aquí realiza interesantes aportes al conocimiento de la tradición oral, su función en la primera infancia, su relación con el juego y su papel en la construcción de futuros lectores. Los “libros sin páginas”, como los llamara Yolanda Reyes (2005), en los que se despliega el poder mágico de la palabra, que nos sitúa en posesión de lo poético.

“Diez libros argentinos que hicieron historia”, publicado originalmente en Francia, es un buen ejemplo de los procesos de canonización en el campo de la literatura infantil y de la literatura a secas. “Un soneto me manda a hacer Violante /

que en mi vida me he visto en tal aprieto”, dijera Lope de Vega. Y no es menor el aprieto en que se coloca a un crítico cuando se le pide este *top ten*. Silveyra aclara que María Elena Walsh –nada menos- quedó fuera de la lista porque se publicaba un artículo sobre ella en la misma revista a la que se destinó este trabajo. Exceptuada, entonces, la escritora-faro de nuestra literatura para niños, la lista se conforma del siguiente modo: *Cuentos de la selva* (Horacio Quiroga), *Las torres de Nuremberg* (José Sebastián Tallon), *Los sueños del sapo* (Javier Villafaña), *Shunko* (Jorge W. Ábalos), *Mi amigo el pespir* (José Murillo), *Monigote en la arena* (Laura Devetach), *Las visitas* (Silvia Schujer), *Aventuras y desventuras de Casiperro del Hambre* (Graciela Montes), *¡¡¡Natacha!!!* (Luis Pescetti), *El árbol de lilas* (Ma. Teresa Andruetto). Si bien es obvio que, cualquiera sea el recorte realizado, va a resultar polémico, es destacable que el autor de este canon no cayó en el lugar común de basarse en un recorte sincrónico y actual, así como que asumió un riesgo, al elegir al menos cuatro libros casi desconocidos para quienes no son especialistas en el tema.

“Marcas de las primeras lecturas” y “Viajar. Leer” son textos que se inscriben en el género autobiografía lectora. El escritor se desdobra en lector e interroga al pasado en busca de los libros, los mediadores, las ocasiones, las historias, las escenas de lectura que habilitaron su condición de lector y construyeron su competencia como tal. Silveyra –coherente con su idea inclusiva acerca de lo literario- no deja afuera los textos orales, la radio, el cine, la historieta. Todo lo que en el vasto mar de los discursos sociales puede dejar marca en la construcción del lector y, más allá, en la del sujeto. La amalgama que Laura Devetach (2008) llamó “nuestro texto interno”. Claro que en esa revisión el autor no deja de lado que, además de lector, es crítico, docente, especialista en estas cuestiones. De ahí que intercale reflexiones acerca de los aciertos y desaciertos de los mediadores, de sus intervenciones y de sus elecciones, que a veces producen efectos paradójales, especialmente en el ámbito de la escuela secundaria, de la que salen muchos re-negados para la lectura, a quienes se les negó la posibilidad de leer el texto que querían y que podían leer y que, a su vez, negarán a la literatura la posibilidad de ocupar un rol potente dentro de sus vidas.

“Cada niño es otro niño” habla, por un lado, acerca de la radical otredad que separa al niño que fuimos de este niño que hoy tenemos delante, y que obtura la

posibilidad de elegir los libros a partir de aquello que nos gustó cuando éramos chicos. Por otro lado, trata de las enormes diferencias que distancian a un niño de otro y destruye la ilusión de que existen recetas para formar lectores y listas con recomendaciones de títulos y autores con los que no se puede fallar. El trabajo del mediador es más sutil y tiene que ver con la escucha, con la observación, con el caso particular y concreto. Elude las generalizaciones y se parece más a una artesanía, a un “hacer a mano”, uno por uno, que a la producción industrial.

En “Elogio de la literatura” y en “Literatura y escuela, encuentros y desencuentros” Silveyra fundamenta la necesidad de que en la escuela se privilegie el texto literario, a la par que plantea –en términos semejantes a los de Graciela Montes (1999)- las dificultades del vínculo entre la cultura escolar y la literatura. Casi una antinomia, si tenemos en cuenta que la escuela tiende a “didactizar” cualquier discurso, cualquier objeto que circule dentro de sus límites, al que le exigirá, para permitir dicha circulación, que dé cuenta de su utilidad inmediata. Y la literatura, como sabemos, se caracteriza justamente por su gratuidad y por su desentenderse de los pragmatismos. Incluso de los bien intencionados, aquellos que pretenden convertirla en vehículo para la transmisión de “valores”, en vista de que éstos parecen difíciles de encontrar en nuestra actual sociedad.

En “*Noveditis*, una enfermedad incurable (por ahora)” Carlos Silveyra ironiza acerca del campo editorial y sus operaciones: “lista de novedades” es el gran invento que hace engordar al mercado. Su opuesto complementario, la “descatalogación”, es la acción por la cual lo que no se ha vendido rápidamente pasa a ser oferta y, finalmente, desaparece. En esta dinámica, que el autor compara con la desaforada carrera en la línea de montaje de “Tiempos modernos”, poco parece incidir la calidad literaria de los libros que se reemplazan unos a otros, interminablemente.

“Los clásicos, a su debido tiempo” plantea desde el título la postura del autor en torno a la polémica sobre la inclusión de los clásicos en el canon escolar, discusión que no se decanta por un sí o un no: admite también una tercera posibilidad, la de las adaptaciones para niños o lectores juveniles. Silveyra se manifiesta en desacuerdo con ellas. En cierto modo, si el propósito de las mismas es que tengamos una idea –aunque sea somera- del contenido de las obras clásicas, ya de esta tarea se encargan los

medios de comunicación, con su permanente recurrencia a las versiones, a veces paródicas, de este patrimonio de la cultura más legitimada. El autor llama la atención sobre las dificultades que plantea la lectura de los clásicos. Su aura permanece a veces intacta pero su discurso se aleja inexorablemente del *habitus* del lector contemporáneo. Por otro lado, requieren un trabajo de mediación que facilite la reconstrucción del contexto de producción. Concluye que la lectura de los clásicos debe abordarse cuando las condiciones de recepción permitan el disfrute de los textos, circunstancia que no se puede forzar y que se produce –o no- con independencia de los mandatos escolares.

“Modestas reflexiones sobre la creación de la biblioteca de la Escuela Nº 1 del Asteroide B 612” plantea la creación y gestión de una biblioteca escolar siguiendo el modelo de las utopías tradicionales. El texto ficcionaliza el relato de las acciones emprendidas y de las proyectadas, en código de ciencia ficción, posibilitando una doble lectura de este término. Por un lado, el género que provee tópicos como el fin de la Tierra como nuestro hábitat y el viaje espacial, y, por otra parte, lo que el habla popular caracteriza como “de ciencia ficción”: lo que presenta la marca de lo imposible. Por ejemplo: hoy, en Argentina, una biblioteca escolar ideal, diseñada a la medida de los sueños de los que trabajarán en ella y de sus usuarios.

En “Los nuevos libros para chicos me sacan canas verdes (pero me encantan)” Silveyra despliega una caracterización del libro-álbum. Hace hincapié en el recurso a la metaficción que es recurrente en este género y plantea que nuevos formatos en los portadores de textos llevan implícitos nuevos modos de leer, que tienden a borrar las fronteras entre la lectura tradicional y la que se genera en la interacción con soportes propios de la comunicación audiovisual. También ensaya una posible clasificación de los libros-álbum y realiza un recorrido interesante por alguno de los libros más emblemáticos incluidos dentro de esta categoría.

El libro cierra con un “Decálogo para desalentar lectores”, originalmente producido grupalmente en una capacitación docente y varias veces reformulado, texto que en un registro humorístico sintetiza varios de los posicionamientos desplegados en las páginas anteriores.

Referencias Bibliográficas

Devetach, L. (2008) La construcción del camino lector. Córdoba: Comunicarte.

Montes, G. (1999) "Ilusiones en conflicto". En: La frontera indómita. México: Fondo de Cultura Económica.

Reyes, Y. (Junio 2005) "¿Dónde está la literatura en la vida de un lector?". En: Punto de partida, revista de educación inicial. Año 2. Nº 14. Pp. 21-29.